

Gangrena del vicio, que me arda en su fuego,
 La carne quemarme con duros martirios,
 Y purificada ya el alma de nuevo,
 Espléndida vuela, radiante y gloriosa,
 Buscando su Patria, que tanto deseo,
 Por EL es quien vivo, por EL es quien amo,
 Por EL es quien sufro, por EL es quien muero !

Yo busco oraciones que alivien mis penas,
 Como único bálsamo que inspiren mis versos,
 Cual nubes errantes, purísimas, blancas,
 Enviar a los aires en busca del cielo.
 Decidle oraciones, al Dios de mis ansias,
 Que quiero su gracia, que quiero sus besos,
 Que quiero ser suyo, cautivo humillado,
 Fundirme en sus lumbres, de amores inmensos ;
 Con llamas divinas, quemarme las venas,
 En su alma abrasarme, con místicos vértigos,
 Que sólo suspiro, que sólo me basta,
 Buscar en su pecho, perdón sempiterno,
 Y hurtadme, oraciones, cuando EL se descuide,
 Un dulce suspiro que pueda absorberlo,
 Tan pronto que sientan mis labios su encanto,
 Porque es tan arisco cual tímido ciervo
 Que corre por montes y llanos ocultos;
 Que me es imposible coger prisionero.

1912

E. REVOLLO DEL CASTILLO

LA PIEL DE ARMIÑO

Entre los muchos y valiosos regalos que recibió Juanita con motivo de su matrimonio, sobresalía el del ilustre prócer que apadrinó la boda.

Consistía el obsequio en un abrigo de terciopelo negro, adornado en el cuello con encajes de Inglaterra. Cerrábanle unos broches de oro antiguo, esmaltados con tan exquisito gusto, que eran joyas de inapreciable valor, no sólo por el precioso metal de que estaban hechos, sino porque cada uno constituía una verdadera obra de arte. El abrigo estaba forrado por una soberbia piel de armiño, piel admi-

rable, cuya nítida blancura hacía resaltar más los negros apéndices que la adornaban.

Juanita, que no se atrevía a probarse el abrigo admirando su riqueza, no hacía más que repetir:

—Es demasiado, es demasiado para mí. Yo no merezco tal esplendor.

En cambio, su marido aseguraba que era la única prenda digna de ella, que le sentaba muy bien y que lo debía estrenar aquella noche para ir al teatro.

Ella, que tenía muy buen gusto, se vistió con un traje de seda color violeta. Un ramo de rosas de té en el pecho, que venía a descansar sobre el desnudo escote, hacía resaltar más su nacarina blancura. El negro del terciopelo entonaba artísticamente con los delicados matices del traje, que se veía por el abrigo entreabierto.

Cuando apareció en el teatro, fue el blanco de las miradas que, entre admiradas y envidiosas, le dirigían las damas que estaban en la gran sala. Por primera vez veían reunidas en una sola prenda, elegancia distinguidísima y sencillez extremada, unidas con una riqueza fabulosa.

.....
Era glacial la temperatura. El viento endureció a la nieve que cayó copiosísima, formando una espesa capa sobre la tierra. Las luces, irradiando a través de los empañados cristales de los faroles, iluminaban tan débilmente, que hacían aumentar la tristeza de la noche.

La corte parecía envuelta en un sudario de muerte. Sólo de vez en cuando algún coche, tirado con pesadez por los cuadrúpedos, cruzaba, llevando en su interior a sus aristocráticos dueños de vuelta de alguna fiesta.

De trecho en trecho, sobre la blanca nieve, veíanse manchas negras que se movían, seres que buscaban un lugar donde guarecerse; aquí un hombre que se procura cubrir con su propia miseria para sentir menos el frío, como si al contraer sus miembros, se calentara con el propio calor de su cuerpo. Allí una mujer, mal cubierta con

unos harapos, se arrincona en el dintel de una puerta estrechando a un pequeñuelo que tiritaba en sus brazos, y la escasez del abrigo que le da una toquilla hecha jirones, con que lo cubre, la pobre madre, lo suple con su mismo aliento.... Más allá, en otra puerta dos o tres golfillos duermen acurrucados, abrigándose unos con otros. Estos grupos, y otros por el estilo que se distinguían lejanos, eran lo único que interrumpía la monotonía del color, a semejanza de manchas negras caídas en un paño blanco.

Todo estaba iluminado extrañamente por la luna llena, que daba una claridad fantástica y pavorosa a través de las nubes.

Un carruaje, trabajosamente arrastrado por los caballos, que ni un paso podían dar sin resbalarse sobre la nieve, conducía a Juanita y a su esposo, que regresaban del teatro.

—Hermosa ha sido la función— decía él;—una de las mejores de la temporada presente. La sala estaba como en las grandes fiestas; verdaderamente el estreno de esta noche ha sido un acontecimiento artístico. Lo más selecto de la sociedad parece que se ha citado para reunirse esta noche en el teatro; y en cuanto a las damas, hermosísimas todas; ha sido un verdadero derroche, porque cada mujer era una belleza elegantemente ataviada.... Pero ninguna como tú. Me complacía en recorrer mi vista por los palcos, viendo que entre tantas mujeres hermosas y elegantes fueras tú la de porte más distinguido y la más hermosa. Todas te veían con envidia y ajaban sus trajes con movimientos nerviosos, cada vez que te dirigían una mirada a hurtadillas y notaban que tú sola vales por todas juntas.... ¿Pero qué miras con tanta insistencia? ¿Por qué no me dices algo? ¡Juanita, Juanita! ¿Qué te sucede?

—Mira. ¿Ves?—contestó ella,—hasta los cristales de nuestro coche lloran de frío, y es por la piel de armiño. Mira, mira esa gran piel que se extiende ante nosotros....

Mírala qué fina y suave.... Pero así como no abriga a los que se ven envueltos entre sus yertos pliegues, a mí tampoco me da calor ésta, antes, al contrario, mientras más tratas de cubrirme con ella, siento más frío en el alma, pensando en los seres que forman las manchas negras de la inmensa y despiadada piel de armiño que huella nuestro coche. No la quiero más. Retira ese abrigo forrado de nieve con manchas negras, antes que el hielo de la indiferencia, endureciendo mi alma, deje mi corazón insensible ante los dolores ajenos.

—Vuélve en ti, hija mía, que estás desvariando.

—No, no desvarío. Es la honda impresión que hacen en mi espíritu estas noches tristes en que la muerte se pasea con mayor pompa, luciendo sus galas fatídicas para celebrar las innumerables víctimas que causa en los pobres desheredados que arrastra consigo.... Aléjame de mí la piel. Ya verás; mañana no tendré frío, porque me cubriré con otra prenda mejor.

Al día siguiente vendió el abrigo de piel, y con la gran cantidad que por él le dieron, consiguió que durante aquellos días tan rigurosos del invierno tuvieran cama y cena muchos pobres.

Su marido, al verla dispuesta a salir alegre y satisfecha, cubierta con un amplio gabán, de paño forrado de seda guateada, la abrazó diciendo:

—Anoche estaba orgulloso porque eras la más hermosa que había en el teatro; pero hoy me siento doblemente feliz, viendo que el hada que con el sortilegio de su virtud ha conseguido que su *piel de armiño* cubra a tantos necesitados, es la compañera de mi vida, y su magia la empleará en labrar mi ventura.

RAFAELA S. AROCA

Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicase bajo la dirección de la Consiliatara

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO — FILOSOFIA—
CIENCIAS — LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto Enero y Diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

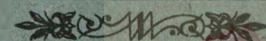
Número suelto.....\$ 20 ..

Suscripción por año (adelantada)..... 180 ..

Número atrasado..... 30 ..

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador. Sr. D. CARLOS UCRÓS, Colegio del Rosario, calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido. No se admiten remitidos ni anuncios.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico